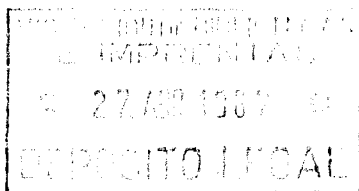


## rechazo del viaje del presidente de la república a los EE. UU.



*Al intensificarse el control del extranjero sobre el país, los presidentes de Chile están obligados a viajar a Washington a dar examen de aptitud y conducta pro-imperialista ante la Casa Blanca. En plena guerra mundial, Juan Antonio Ríos, a pesar de encontrarse enfermo, se vio impulsado a partir a rendirle pleitesía al coloso; Gabriel González Videla, el más fresco de los mandatarios nacionales, bailó samba y tocó piano a cuatro manos con Truman; Jorge Alessandri Rodríguez debió concurrir a regañadientes envuelto en su clásica bufanda, a la sede del minotauro de dólares, y a su regreso tuvo la franqueza de proclamar que el viaje de un presidente latinoamericano a los EE.UU., era absolutamente inútil, por cuanto no tomaban en cuenta ni sus problemas reales ni sus planteamientos serios. Ahora le había tocado su turno al evanecido representante demócratacristiano, bajo el pretexto de una espontánea invitación del presidente texano Lyndon B. Johnson y de los resultados benéficos de los contactos personales entre los grandes dirigentes políticos mundiales (!). Los ministros y parlamentarios del régimen exclamaron entusiasmados que el "deferente llamado" de Washington había sido a "uno de los líderes mundiales de los países en desarrollo".*

*Estupendo halago a la suficiencia de los demócratacristianos, quienes con toda modestia consideran su experiencia de la "revolución en libertad" de repercusión universal, como única alternativa política fecunda y progresiva para los países subdesarrollados (!). O comunismo soviético o democracia cristiana a la chilena (!), tal sería el dilema político en estos países.*

*Pero tras la fachada protocolar y el estado delirante de los bonzos del régimen se ocultan los permanentes asuntos de las relaciones de la potencia imperialista y la nación-factoría; las exigencias del coloso en cuanto a intensificar la expoliación de nuestras materias primas; la posibilidad de manipular la producción y rebajar el precio del cobre en su exclusivo beneficio; y, a su vez, la petición mendicante de la nación-factoría de nuevos créditos, de más millones de dólares frescos a cambio del futuro nacional; de una mayor ayuda caritativa para mantener el cohecho y el soborno de las multitudes "marginales" y con ello la*

certeza del mantenimiento en el poder de la democracia cristiana, súbdita sumisa del Vaticano y de Wall Street.

La tragedia de Chile en este terreno es secular; su origen se encuentra en la Colonia misma. Desde aquella época su sector dirigente exhibió una desvergonzada capacidad para pedir y para subsistir en base de la limosna, del "real situado", y de otros arbitrios censurables, a trueque de no herir a los poderosos y de no trabajar equitativamente.

El historiador reaccionario, pero con frecuencia agudo y exacto, Francisco A. Encina ha escrito estas líneas tremendas: "Chile fue el pordiosero de la América. No un pordiosero de ocasión, reducido a la miseria transitoria por la guerra de Arauco, los terremotos y los piratas, sino un pobre de solemnidad, condenado a vivir una existencia muy mezquina, casi indigente... Por otra parte, como ocurre en los primeros momentos, a todas las sociedades atrasadas que entran en contacto estrecho con otras superiores, en el XVIII, Chile aprendió a consumir antes que a producir, entró a la fase de la imitación pasiva, antes de pasar a la activa; y lo que producía se aplicaba a costear el lujo de las clases acomodadas y a levantar el standard general de vida, en vez de crear nuevas fuentes de riqueza".

La condición y la psicología de país pordiosero se prolongaron a través de los siglos y, en el presente, el endeudamiento se aplicó como panacea del "gobierno de los gerentes", y se ha exaltado en forma "revolucionaria" por el régimen de Frei: créditos, préstamos, inversiones, ayuda Cáritas (atiende a tres millones de chilenos), menudean para llevar a cabo la "revolución en libertad". La novedad consiste en la adhesión de la URSS a tan realista política católica, agregándole un refuerzo de millones de rublos, a fin de colmar la insaciable voracidad terrenal de la democracia cristiana, empeñada en crear la "sociedad comunitaria" en oposición a la "sociedad marxista".

La minoría terrateniente y comercial dominante, limitó la producción y en vez de cultivar científicamente la tierra y elaborar sus materias primas, prefirió explotar en forma bárbara a las masas laboriosas, porque rendían más plusvalía que el esfuerzo productor industrial, y el valor de esa producción reducida se derrochó siempre en pagar el alto standard de vida y los gastos suntuarios de la oligarquía plutocrática. Para mantener sus privilegios recurrió a la destrucción de la moneda, por cuanto con su desvalorización obtenía utilidades anexas (disminuía sus deudas, pagaba barato el sudor de sus peones y vendía caro el producto de sus haciendas); y a la entrega sistemática del patrimonio nacional, (minas, servicios de utilidad pública, industrias de consumo), a los consorcios imperialistas a cambio de algunos tributos y empréstitos para financiar la administración y llevar a cabo modestas obras públicas, sin tener que colocarse impuestos ni limitar sus derroches ni mejorar o dividir sus latifundios. Su calidad de país pordiosero derivó sólo del egoísmo de una oligarquía plutocrática, antinacional, derrochadora, corruptora de la vida popular y de la mentalidad nacional. Entregar el patrimonio e hipotecar por decenios el porvenir del país transformándolo en una colonia del imperialismo; explotar inmisericordiosamente a las masas trabajadoras hasta degradarlas; mantener una falsa democracia de papel para una casta adine-

rada y su correspondiente personal politiquero; permitir la propaganda desenfrenada de los consorcios imperialistas dirigida a crear apetitos artificiales y a introducir productos innecesarios en los cuales se consumen los escasos emolumentos de los sectores asalariados, ha sido la actitud normal y complaciente de los distintos regímenes. Las viejas oligarquías usufructuarias del país en alianza con los monopolios imperialistas, impiden su modernización y el aprovechamiento de todos sus recursos para crear una economía de bienestar al servicio de las necesidades colectivas; y la actividad y propaganda de las empresas capitalistas introduce en el comercio local todos los abalorios, subproductos de su alta industria, realizando en la época contemporánea la misma política de conquista y deterioro de los españoles con los aborígenes, de trueque de cuentas de vidrio por oro. El saqueo imperialista y el pillaje de los terratenientes impiden la formación de los capitales para un desarrollo económico sano, propio, sin necesidad de endeudarse, y todo ello debilita cada vez las reservas de la raza y desnacionaliza la conciencia de la ciudadanía. La pérdida constante de su cobre, hierro, salitre, etc.; el cercenamiento periódico de sus territorios limítrofes; y el endeudamiento cada vez mayor junto a una cada vez más caudalosa limosna internacional, no conmueve a la nación, lo cual indica el debilitamiento desolador de su conciencia patria.

El derroche y el lujo, de estos atrasados países latinoamericanos, pedigüños incansables, genera una contradicción que impresiona incluso a los literatos. En una novela reciente del australiano Morris West, "El Embajador", a propósito de los cock-tails diplomáticos y las características de los asistentes, según sean franceses, ingleses, hindúes, suecos, o americanos, expresa: "Los sudamericanos son tan increíblemente elegantes que uno piensa si todo el fondo de ayuda se lo gastan en vestir a sus mujeres o a sus amantes".

En vez de modernizar la producción, rescatar sus riquezas nacionales saqueadas por el imperialismo, distribuir con justicia el ingreso nacional, eliminar los derroches suntuarios, introducir la austeridad pública y privada y atender en forma racional e igualitaria todas las necesidades colectivas, la clase dirigente prefiere seguir su "dolce vida" en el atraso económico-social, en el coloniaje imperialista, en la solitud caritativa de los organismos proselitistas católicos y de las empresas y fundaciones del imperialismo, todos los cuales dedican una pequeña fracción de las utilidades obtenidas en el despojo de nuestros pueblos para acallar su descontento, aparecer como generosos y desinteresados ante la incapacidad de sus gobiernos y mantener a sus ineptas clases dominantes en el poder, porque ellas garantizan los privilegios de la iglesia y de los consorcios "occidentales".

El actual gobierno de la democracia cristiana no ha hecho nada por modificar tan suicida irresponsabilidad y, por el contrario, ha aceptado y generalizado el cómodo expediente, tratando de ocultarlo por medio de la propaganda sibilina y la más cínica fraseología avanzada, utilizando como el fascismo los nobles vocablos del ideario socialista, y de la lucha de las clases trabajadoras, con un contenido opuesto al intrínseco, y así confundirlas y amparar la más corruptora e incapaz demagogia. Las palabras "revolución", "socialismo", "comunidad",

“pueblo”, “libertad” y otras, se barajan por los líderes demócrata-cristianos para ocultar su confusión ideológica, su programa capitalista, su proselitismo clerical y su sumisión fatalista al imperialismo. Y en su impudicia demagógica llegan a calificar de “contrarrevolucionario” al genuino movimiento popular, revolucionario y socialista, por su resistencia a la penetración imperialista, a la ineptitud gubernativa, a la corrupción y a los métodos totalitarios de la democracia cristiana.

El Presidente de la República, no obstante sus escritos y su actitud política de crítica al régimen de Alessandri, una vez instalado en el Poder no ha intentado llevar a cabo en forma definida y sincera una nueva política de verdadero progreso, a base de reformas estructurales y de modificación de los hábitos negativos ya señalados. Por el contrario, ha agravado la situación nacional, y ha precipitado al país en un caos y en una mistificación desconcertantes.

Su viaje, entonces, no obedecía a ningún propósito de elevado interés nacional ni tampoco respondía a ninguna nueva concepción política y social orientada a afianzar la democracia, a fortalecer la soberanía o hacer respetar la dignidad de la nación. A lo más significaba algunos discursos de oropel democratizante, para lucimiento del mandatario, y a algunos aplausos, de utilización rápida por la propaganda interna en provecho de los espúreos intereses políticos electorales de la democracia cristiana. Y, en concreto para Chile, nuevos compromisos limitadores de la soberanía nacional, a favor de los apetitos norteamericanos. El rechazo por parte del Senado, (23 votos contra 15) del permiso constitucional para llevar a cabo el viaje injustificado ha constituido un patriótico llamado al orden a la prepotente e irresponsable democracia cristiana y un acertado tirón de orejas al Presidente, quien parece más preocupado por viajes como “líder mundial” de la democracia cristiana y de los países en desarrollo, que por anhelos modestos de Presidente eficaz de un pequeño país, agobiado por innumerables problemas concretos, cuya urgente resolución lo transformaría en un auténtico estadista chileno.